



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Fifth Sunday of Lent

In the Gospel of John, the raising of Lazarus is the point of no return. It is the miracle that sets the Cross in motion. While the crowds marveled at a man stepping out of a tomb, the authorities saw a threat that had to be silenced. This Sunday, we stand at that tension point: where the Giver of Life prepares to face His own death.

We often think of miracles as detached displays of power, but the story of Bethany shows us something deeper. Lazarus, Martha, and Mary were not just followers; they were Jesus' dear friends. When word reached Jesus that "the one you love is ill," it wasn't a formal request—it was a plea from a family He loved intimately.

Despite the danger of returning to Judea, where the authorities were already plotting His death, Jesus went to His friends. When He arrived and saw their grief, He didn't just offer a theological explanation. Jesus wept. There is a profound difference between a tear and a deep, gut-wrenching weep. In His weeping, we see the full humanity of Jesus. He was not spared from the pain and anguish we feel when we lose someone we love. He felt the sting of death because He loved deeply. As the onlookers observed: "See how He loved him."

This miracle is the fulfillment of the prophecy we heard from Ezekiel: "O my people, I will open your graves and have you rise from them... I will put my spirit in you that you may live." In Jesus, this ancient promise becomes personal. Lazarus being brought back to life reveals that God is not a distant, benevolent force, but a personal God who knows us by name. This is why He is so involved in our lives and the Church. His love is so intense that He is willing to put everything on the line—His very life—so that we might live.

The raising of Lazarus was the final straw for those in power. They saw their grip slipping as the crowds grew, and they decided Jesus had to be eliminated. Jesus knew this. He knew that by calling Lazarus out of the grave, He was essentially walking into His own. He chose the Cross because He chose us.

This sacrificial love is the standard we are called to today, yet it is a standard under threat. Our modern world—driven by social media and artificial intelligence—often estranges us from one another. We are slipping into a dangerous anonymity. When we stop seeing people as individuals and start seeing them as data points or digital avatars, we lose our ability to love as Jesus loves.

Indifference is the fruit of isolation. We are not just bodies or "users"; we are children of God, and Christ dwells in each of us.

As we move toward Holy Week, let us allow the Holy Spirit to pull us away from our screens and back toward one another. Let us refuse to be slaves to our gadgets. Instead, let us choose the warmth of personal presence over the cold isolation of the digital world.

Today, let us set aside our distractions to truly see the face of Christ in our neighbor, remembering that the same love that called Lazarus from the tomb is the love calling us back to each other.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
Quinto Domingo de Cuaresma

En el Evangelio de Juan, la resurrección de Lázaro marca un punto de no retorno. Es el milagro que pone en marcha el camino hacia la Cruz. Mientras las multitudes se maravillaban al ver a un hombre salir de una tumba, las autoridades vieron una amenaza que había que silenciar. Este domingo, nos encontramos en ese punto de tensión: donde el Dador de la Vida se prepara para enfrentar su propia muerte.

A menudo pensamos en los milagros como demostraciones de poder alejadas de la realidad, pero la historia de Betania nos muestra algo más profundo. Lázaro, Marta y María no eran solo seguidores; eran amigos íntimos de Jesús. Cuando le llegó a Jesús la noticia de que «el que tú amas está enfermo», no fue una solicitud formal, sino una súplica de una familia a la que Él amaba profundamente.

A pesar del peligro de regresar a Judea, donde las autoridades ya estaban conspirando para matarlo, Jesús fue a ver a sus amigos. Cuando llegó y vio su dolor, no se limitó a ofrecer una explicación teológica. Jesús lloró. Hay una profunda diferencia entre una lágrima y un llanto profundo y desgarrador. En su llanto, vemos la plena humanidad de Jesús. No se le ahorró el dolor y la angustia que sentimos cuando perdemos a alguien a quien amamos. Sintió el dolor de la muerte porque amaba profundamente. Como observaron los presentes: «Miren cómo lo amaba».

Este milagro es el cumplimiento de la profecía que escuchamos de Ezequiel: «Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros. Los haré salir de ellos... Entonces les infundire mi espíritu y vivirán». En Jesús, esta antigua promesa se vuelve personal. El hecho de que Lázaro haya sido devuelto a la vida revela que Dios no es una fuerza distante y benevolente, sino un Dios personal que nos conoce por nuestro nombre. Por eso está tan involucrado en nuestras vidas y en la Iglesia. Su amor es tan intenso que está dispuesto a arriesgarlo todo —su propia vida— para que nosotros podamos vivir.

La resucitación de Lázaro fue la gota que colmó el vaso para los que estaban en el poder. Vieron que su control se debilitaba a medida que crecían las multitudes, y decidieron que había que eliminar a Jesús. Jesús lo sabía. Sabía que al llamar a Lázaro para que saliera de la tumba, en esencia estaba entrando en la suya propia. Él eligió la Cruz porque nos eligió a nosotros.

Este amor sacrificial es el estándar al que estamos llamados hoy, pero es un estándar que está amenazado. Nuestro mundo moderno —impulsado por las redes sociales y la inteligencia artificial— a menudo nos aleja unos de otros. Estamos cayendo en un peligroso anonimato. Cuando dejamos de ver a las personas como individuos y comenzamos a verlas como puntos de datos o avatares digitales, perdemos nuestra capacidad de amar como ama Jesús.

La indiferencia es el fruto del aislamiento. No somos solo cuerpos o «usuarios»; somos hijos de Dios, y Cristo mora en cada uno de nosotros.

A medida que nos acercamos a la Semana Santa, permitamos que el Espíritu Santo nos aleje de nuestras pantallas y nos vuelva unos hacia otros. Neguémonos a ser esclavos de nuestros dispositivos. En cambio, elijamos la calidez de la presencia personal por encima del frío aislamiento del mundo digital.

Hoy, dejemos de lado nuestras distracciones para ver verdaderamente el rostro de Cristo en nuestro prójimo, recordando que el mismo amor que llamó a Lázaro desde la tumba es el amor que nos llama de vuelta unos a otros.